



Editorial



Hna. Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN
Presidenta de la CLAR

La crisis por la que atraviesa nuestro mundo, nos ha hecho sintonizar en la experiencia de la vulnerabilidad y en torno a ella, todas/os hemos crecido en la vivencia de la fraternidad universal.

De manera que, el ritmo vertiginoso de la vida, las espirales relacionales en torno a las cuales nos distanciamos y hacemos brecha, el sistema que prioriza la productividad, de un momento a otro, se ha tornado relativo. Así, empezamos a darnos cuenta de que lo realmente importante, surge en el ámbito de la relación, se expresa en los espacios comunitarios en los que la solidaridad nos trasciende y nos conduce a reconocernos hermanas y hermanos.

En esta coyuntura, Dios continúa manifestándose, no para de revelarnos su Rostro y su Querer, sino, para que de la contemplación de la Trinidad, surja la convicción de que Él es relación y todo lo que en torno a Él se nuclea, tiende naturalmente al encuentro, al vínculo, a la comunión, al diálogo. La sinodalidad nace de la experiencia de Dios Trinidad, la cual conduce a un determinado estilo de interpretación de las relaciones, a los cauces de la participación y de la corresponsabilidad.

En tiempo de reformas y en el marco de la conversión misionera de la Iglesia, a la que ha convocado el Papa Francisco, se hace necesario situarse en lógica de sinodalidad. Este modo de ser Iglesia, exige renunciar a la autoreferencialidad, supone situarse en salida, disponerse a la escucha, acunar en el interior la necesidad de la complementariedad y acoger la diversidad de carismas que enriquecen a la Iglesia. Nada de esto será posible, sino se ejercita la mística del nosotras/os y la escucha activa que conduce a una auténtica conversión.

En dinámica de comunión con el mundo y desde la lógica de la encarnación, la Iglesia, pueblo de Dios, tiene el desafío de escuchar. El Espíritu sigue aconteciendo, le habla a la Iglesia, y hoy clama para invitarnos a “caminar juntas/os”.

La igualdad fundamental que nos otorga el bautismo, la común dignidad de la que somos portadores, nos lanza a abrirnos a nuevas y distintas sensibilidades, nos posibilita a acoger otras narrativas, a incorporar modos inéditos en la manera de establecer la relación, asumir el liderazgo, discernir y tomar las decisiones.

En el estilo sinodal, caminar juntas/os, es la condición para, escuchar la realidad, y responder de manera evangélica a los desafíos de este momento histórico. La sinodalidad abre un espacio tanto concreto como efectivo, para la participación y la corresponsabilidad en los escenarios en los que se discierne y construye la Iglesia.

Urge, también, a la Vida Religiosa, seguir trabajando por una Iglesia con rostro sinodal, en la que haya lugar para todas y todos. En la que ninguna burocracia, ni clericalismo le haga sombra a la presencia y a la acción de un Dios. Porque ella, sin hacer distinciones, nos llama a lo insospechado de su Reino, al amor hasta el extremo, a la entrega incondicional de la vida, para que, en la mesa de todas/os, haya pan y nadie caiga en la tentación de sentirse superior/a a los demás. La plenitud eclesial, es posible allí donde hay hermanas y hermanos.

En este viejo andamiaje eclesial, se asoma la vida. La sinodalidad que ha configurado siempre la identidad de la Iglesia, se constituye

hoy, en un signo de esperanza. Porque ella es, uno de los horizontes que hará posible un nuevo modo de ser Iglesia, en el que la escucha sincera genere conversión y con ella nuevas posibilidades de fecundidad y de futuro.

Agradecemos, a todas/os los que, con sus aportes, han hecho posible esta edición de la Revista CLAR y nos disponemos para celebrar una Pascua, en la que nos afirmaremos en la experiencia de que la vida triunfa sobre la muerte.